

Leyendas Sinaloenses

Enrique Peña Gutiérrez

Leyendas Sinaloenses

Enrique Peña Gutiérrez

UNA NOVELA DE MALAS COSTUMBRES

Juan de Dios Guerrero

Todos los derechos reservados por el autor.

Registro en trámite ante la Dirección General
de Derechos de Autor de la SEP,

Primera edición

Difocur.

Culiacán, Sin., 1994

Primera reimpresión

Creativos7editorial

Baila 871 Col, Rosales

C.P. 80230 Tel. 455 6615 Cel. 667-175-7817

e-mail. creativos7editorial@hotmail.com

Culiacán Rosales, Sinaloa, 2006.

Un mil ejemplares

HECHO EN MEXICO

PRINTED IN MEXICO

LOS LIBROS HACEN HOMBRES LIBRES

EL ANIMA DEL CALLEJÓN

El anormal repique de campanas envuelto en el estruendo explosivo de la fusilería y arrastrando un ensordecedor y eufórico vocerío, aquella tibia madrugada de junio, bajo el horror y el sobresalto despertó angustiada la población de Mocorito.

Una horda zapatista sin resistencia alguna, se hizo dueña de la plaza, días antes las fuerzas federales se habían retirado hacia la capital del estado, en un supremo intento de concentración para dar la batalla decisiva a las fuerzas surianas hambrientas de tierra y libertad.

Como sucedía por aquel entonces, en esa turbulenta etapa revolucionaria, el saqueo desenfundado al comercio era el corolario de toda acción bélica. El derramamiento de sangre de pobladores inocentes era una cosa obligada, evitada en aquellos momentos por un suceso milagroso surgido del misterioso fondo de lo desconocido. Un fuerte mocetón desarrapado con las insignias de sargento sobre una camiseta sudorosa y llena de tierra, hacía desesperados esfuerzos por aplacar el pasional desborde de aquella turba que se creía victoriosa. Maclovio Herrera era su nombre, querido y respetado por su valentía, que ya avanzada la mañana lograba una calma recibida entre murmullos de

desaprobación, pero aceptada por las enérgicas órdenes de un hombre a quien ciegamente se le obedecía, por un impactante dominio de una tropa a la que muchas veces llevó al triunfo.

Pasada la tempestad armada, Maclovio con gran capacidad organizativa, logró en unos cuantos días, y acuartelada la tropa, un entendimiento real con los vecinos.

Establecida la autoridad municipal, se convirtió en enlace entre éstas y la autoridad militar. Renacía la confianza en una comunidad mal o intencionalmente informada sobre la proclividad de las fuerzas zapatistas para mantener en zozobra constante a las plazas caídas en su poder. Próxima la estación de lluvias, al llegar éstas con su pincel acuífero para pintar de verde los campos, la soldadesca hermanada con los campesinos, se dieron a la tarea de cultivar las tierras, estableciéndose así un oasis de tranquilidad y de trabajo. La figura del guerrillero penetraba con paso abierto al corazón de los habitantes. Al parecer la guerra había terminado para todos, nada hacía presumir un funesto desenlace.

Una paz virgiliana se extendía por todos los ámbitos de la región. La blanca sonrisa de los maizales brillaba fraternizando su proteínica abundancia, con el canto alegre de los campiranos.

El tiempo auto devorador de días, semanas y meses, parecía haberse estancado cuando en la apacible soledad de una mañana, una comisión militar con bandera blanca, solicitó a las autoridades civiles y

militares la incondicional rendición de la plaza. Silencioso pero altivo, Maclovio oyó la petición, dejando caer a plomo la energía acerada de sus palabras:

-Señores, esta tierra ya es nuestra, aquí vivimos en paz y la defenderemos a costa de nuestras vidas, pueden proceder al ataque y nosotros a la defensa, es todo-.

Muy pronto el ataque se generalizó, el ejército gobiernista bien equipado y previamente adiestrado para la acción, combatía furiosamente no sin obtener una enérgica respuesta de resistencia.

La heroicidad de campesinos y soldados se hacía manifiesta en cada retén. Cuando al tercer día del ataque, sorpresivamente Maclovio Herrera, caía acribillado por la soldadesca gobiernista.

Manos piadosas cavaron su sepultura y envuelto en petates, junto con su amada carabina, se levantó un túmulo de piedras y una tosca cruz de madera, señalando el lugar del acontecimiento. Nacía en esos momentos la leyenda de el ánima del callejón, santificando por el vecindario quien a la hora del tramonto cubría de velas encendidas y de rezos la tumba de aquel querido soldado. La fe, movilizadora de montañas, se hizo presente y entregó su vida a El Ánima del Callejón, quien a su vez a partir de aquel momento se convirtió en protector de niños, mujeres y ancianos, con una sucesión de milagros que volaron en alas del viento para llevar su fama mucho más allá de los límites regionales. Todos los días desde

entonces, a la hora en que el hacedor de cosas comenzaba a esconder el sol en sus bolsillos, la presencia urbana y campirana mezcladas con velas y plegarias, convirtieron aquello en un punto de referencia de la fe y la pasión.

Un oscuro presidente municipal anticlerical y adulator del sistema, después de deshacer una procesión religiosa, ordenó el arrastre del empedrado túmulo, según él hacia la nada, pero sin tomar en cuenta que todavía hoy, el desaparecido aquel santuario milagroso, se produce en cada hogar con oraciones y rezos, en torno a una vela encendida que desaparece con el alba de los amaneceres.

En tanto, en los espacios cósmicos del universo, Maclovio Herrera sonríe bondadoso, agradeciendo la confianza depositada en él por el gentío, contemplando a la vez la enhiesta figura de Emiliano sobre un caballo blanco, cabalgando sonriente en las estrelladas parcelas del cielo.

LA MAMAURA

Vivíamos Los tiempos heroicos de la medicina, nuestro difícil ejercicio profesional a duras penas comenzaba a caminar por el paisaje terapéutico de las sulfas, en tanto que los pueblos avanzados ya se encontraban de plano en el maravilloso campo de los antibióticos. Por necesidad, nuestro desempeño iba más allá de los límites del consulto río hacia las comunidades rurales, enclavadas en el llano y en la sierra. Para ello contaba con la ayuda de un alegre y simpático vaqueano amigo de la familia llamado Valentín, quien gustaba de ser llamado Valente, en recuerdo del protagonista de un dramático duelo serrano. Realizaba los menesteres de un mozo de estribo y era a la vez consejero, quien siendo un gran conocedor de la región guardaba en sus alforjas mentales, relatos de hechos y sucedidos descritos por él con vivaces y alegres pormenores.

Cierta tarde, arribamos a un jacal en lo más alto de la sierra, con una hermosa enramada al frente y a donde acudíamos a un llamado de un humilde matrimonio para recetar a un pequeño niño de seis meses. El diagnóstico al enfermito era fácil y saltaba a la vista, un caso avanzado de hipo-nutrición y avitaminosis, la que provocaba una edematosis generalizada, el tratamiento indicaba alimentación adecuada para la madre y como coadyuvante leche en polvo, que en algo podría ayudar a resolver el caso.

Cumplida en parte nuestra misión, salimos a la enramada en donde ya Valente preparaba una hoguera y todo lo necesario para pasar una noche más en aquellos andurriales. Mi amigo se había dado cuenta del estado lastimoso del niño, porque el lugar estaba casi a los cuatro vientos.

Después de la cena, mi amigo soltó uno de sus siempre certeros comentarios, dijo:

-Doctor, si la mamaura hubiese venido por estos lugares, tenga Usted la seguridad de que el niño estaría en las mejores condiciones, pues ella acostumbraba amamantar a los niños de pecho, siempre en ayuda a las madres desvalidas-.

El nombre de mamaura volvió a sonar en mis oídos como lo había hecho en mi niñez, cuando las viejas tías hablaban del extraño personaje, al cual admiraban con profunda devoción. La curiosidad interrogante abrió la caja de pandora de aquel hombre, para iniciar su relato.

Contaban mis bisabuelos algo que a su vez les habían contado los suyos, de que en esta región existió una hermosa mestiza con todos los atributos, de una belleza sin igual, se llamaba Aurora, quien con su alegre fertilidad juvenil se captaba la simpatía de todos los vecinos. Su proclividad a contactar con los niños le hacía más simpática, era la adoración de todos los jóvenes de su edad, uno de los cuales tuvo el privilegio de llegar al ayuntamiento con ella, pues era una época en que el registro civil era desconocido, y por lo tanto, nada sabían del matrimonio. El amasiato fue considerado como normal y la hermosa muchacha ardía en deseo de concebir un niño, igual o mejor a los que trataba todos los días. Como no hay plazo que no se cumpla, muy pronto se involucró en el fenómeno de la concepción con un embarazo, que encerraba todos los tintes de la normalidad. Los días, las semanas y los meses sucedían con rapidez y lo que Aurora esperaba con ansias, llegó del brazo de la esperanza de todos los que la rodeaban.

Las comadronas del rancho llegaron a la hora del alumbramiento, para encontrarse con un parto difícil, en donde una circular de cordón estaba fuera de los alcances de aquellas humildes e ignaras parteras. La extracción del producto fue demasiado complicada, pues la asfixia del niño fue concomitante, ocasionando su muerte ante el dolor y la frustración de Aurora. La resignación de los pobres ante la adversidad, fue la fiel acompañante de aquella mujer. Su capacidad de madre, seguía siendo perfecta y la prodigalidad de su fuente

láctea así lo demostraba, pues en lugar de decrecer por falta del niño, aumentaba en forma copiosa cotidianamente. Al darse cuenta de ello y dada su simpatía de los niños en todas sus edades, se ofreció como nodriza a todo el que lo solicitase. Su proclividad y buena disposición para este servicio, acrecentó el cariño que la comunidad le tenía, los adultos la llamaban la mamá Aurora y los niños en su simpatía dislalia infantil comenzó a llamarle Mamaura, nombre que perduró y se le conoció de allí en adelante. El milagro se hacía leyenda y Aurora, como premio de la providencia seguía al través de los años, proporcionando el rico alimento, su fama rebasó los linderos de la comunidad y de partes muy lejanas llegaban a solicitarle su servicio, que siempre era dispensado de la mejor manera.

Una cruda noche de invierno, una pulmonía fulminante terminó con los días de La Mamaura, ante el estupor y la tristeza de todos los que le conocían. Cuando eso sucedió, la leyenda ya era cosa común en todos los habitantes de la región, la ingenuidad de las madres creían seguir viendo en las noches oscuras de agosto, a La Mamaura acercarse a las cunas para dar de comer a los niños. La Mamaura, de pechos exuberantes, seguía siendo una estampa vívida para quienes nunca creyeron en su desaparición. Para millones de pobres, la leche en polvo muy sofisticada, no logró superar la hermosa creencia del pueblo en La Mamaura.

Sumido en profundas reflexiones, comencé a pensar en las miles de Mamauras que necesitaría nuestro país, para sacar de la pobreza alimentaria a millones de niños sumidos en la desolación y la desesperanza.

El alegre vaqueano terminó de contar aquella historia, preguntándome si conocía la anécdota del estudiante de medicina, que al ser cuestionado por el maestro acerca de las bondades, virtudes y ventajas de la leche materna sobre la leche artificial, con gran desparpajo el muchacho le contestó:

-La leche materna es más nutritiva, portadora de una inmunidad protectora contra las enfermedades propias de esa edad, es más barata y se le tiene a la hora que se le requiere, no necesita agua, ni enfriamiento, ni calefacción, no se mosquea, no se oxida y por lo tanto nunca se aceda, pero sobre todo, maestro ¡viene en unos envases muy lindos!. La carcajada de Valente alcanzó a arrancarme una leve sonrisa, cuando ya el sueño me llevaba al espacio luminoso, donde según nuestro pueblo reina La Mamaura.

EL AMULETO DE BARTOLO

Mi desembarco al campo profesional médico, se veía envuelto en una nebulosa de ominosos presagios. Reto difícil de fracturar la vieja sentencia popular, de que nadie en su tierra es profeta, me deprimía y me asfixiaba, por eso aquella mañana al ser solicitado para una consulta foránea, veía en la cara de mi padre el filo de una duda temblorosa y angustiada, ante la estrujante alternativa del éxito o el fracaso del hijo recién titulado, no obstante al colocar mi veliz en la cabeza de la silla de montar, una palmada sobre mis muslos me colocó en el camino de una realidad cruda, pero esperanzada. Al lomo de una inquietante bestia, volví a recorrer un sendero conocido desde niño, con las mismas rocas y los mismos árboles, cuevas y hondonadas y siendo una temporada de lluvias,

contemplaba el pálido balbuceo de los maizales vistiendo de verde el lomerío.

El arrullo sedante de arroyos de aguas cristalinas, mezclado con el canto de los pájaros, aunque calmando un poco las inquietudes que me acompañaban, me hacía recordar la fértil ayuda del maestro en las aulas que ahora muy lejos de ellos, habría de demostrar una feliz interpretación de sus conocimientos. Varias horas de camino me llevaron por fin al viejo mineral de El Magistral, cuna y nido de mis aventuras infantiles. Una blanca y cómoda casa con fresco portal, al parecer colgada del abrupto barranco, me esperaba. En el interior, un hombre alto y moreno de más de 50 años, me saludó bonachonamente, su figura no me era desconocida, pues muchos años atrás le había conocido como soldado en activo. Su demacrada faz y una tos intermitente, denotaba más o menos el origen de su enfermedad.

Un amplio interrogatorio me llevó de pronto con sus antecedentes personales, a la época turbulenta y legendaria de la revolución mexicana, cuando muy joven mi paciente formaba parte de los “dorados” del Centauro del Norte. Fuerte y robusto, de salud nunca quebrantada, con el entusiasmo que embargaba a la juventud de aquella época, se enlistó en las filas del movimiento armado, muy pronto alcanzó el grado de oficial y la estimación, tanto de jefes como de compañeros de armas. Con fidelidad asombrosa me relata la ocasión en que fue designado a cumplir la orden de fusilamiento contra un soldado al parecer “gabacho”,

que no le asombró demasiado porque acostumbrado estaba a ello y había sido testigo de cómo éstos acudían al paredón temblorosos y con un miedo tremendo reflejado en sus ojos y en su cara, sin oponer resistencia al vendaje y al amarre al poste frente al paredón, porque la mayoría de las veces no podían sostener la postura vertical. ¡un gabacho más qué importa al mundo! -se dijo- y en una fría mañana de invierno llegó hasta la celda del sentenciado; un individuo blanco y joven, que al levantarse rápidamente del camastro, procedió a colocarse en medio del pelotón de fusilamiento con una serenidad que pasmó a todos, por otra parte el frío hacía temblar a todos nosotros. Nos dirigimos al patio donde se llevaría a cabo la ejecución, y aquel hombre que hasta entonces supe era un inglés, no aceptó la venda ni ser tampoco amarrado, pidiendo únicamente como una gracia, se cumpliera el deseo final de todo sentenciado a muerte.

Señor Oficial -me dijo- permítame fumar un cigarrillo y diciendo y haciendo, extrajo de su bolsillo un par de cigarros, ofreciéndome uno que rápidamente fueron encendidos con el chispazo de mi yesca eslabonada. En él aspiró el humo con fruición, mientras yo destruía las cenizas de mi cigarrillo con el dedo meñique, con una señal de asentimiento, me dijo que estaba listo para la ejecución. Me dirigí a mi pelotón y en baja voz les ordené que no tirasen a la cara del hombre aquel y sólo lo hiciesen al cuerpo. La explosión fue rápida y certera, aquel hombre, que para entonces ya sabía se llamaba William Benson, se dobló

lentamente cayendo al suelo en tanto yo me dirigía hacia él para darle el tiro de gracia. Al intentar hacerlo, me di cuenta de que la ceniza de su cigarrillo permanecía intacta, por lo cual guardé la pistola en mi funda y extrayendo mi paliacate de mi bolsillo, lo empapé con la sangre que brotaba a borbotones de aquel hombre, lo doblé cuidadosamente y lo guardé en la bolsa de mi uniforme.

Al regresar con mis soldados, me encontré frente a frente con la fiera mirada de mi General Villa, quien con una serie de ademanes me increpó y me dijo:

-Reconozco su admiración y respeto por un valiente, pero al no haber cumplido con el último requisito de fusilamiento, como es el de dar el tiro de gracia, queda Usted dado de baja del ejército, regrese a su tierra antes de que me arrepienta y el castigo sea mayor-.

Instantes después ya me encontraba cabalgando a través de la sierra tarahumara con rumbo a mi tierra, después de varios días de camino llegué a Sinaloa, en donde me di de alta nuevamente con las fuerzas de mi Coronel Eligio Samaniego, le conté mi historia y los soldados creo que se dieron cuenta de que Bartolo Valenzuela, que es mi nombre, poseía un amuleto que lo protegía en todas sus andanzas revolucionarias.

El episodio me trajo a colación una crónica de el Ingeniero Elías Torres, quien hablaba de él y señalaba el nombre de aquel personaje que ahora estaba frente a mí. La sierra sinaloense conoció las virtudes de la

prenda que guardaba con veneración, conocida con el nombre de “El Amuleto de Bartolo”.

Muchos años pasaron y terminada la revolución, ingresé los socavones de las minas de El Magistral, en donde pasé más de 25 años como barretero, posiblemente Usted doctor, encuentre ahí el origen de mi enfermedad. Calló por unos momentos, para luego decirme:

-Los honorarios de esta visita serán cubiertos por mi compañía, pero yo a mi vez le debo un regalo, espero sea conservado como se merece-. Agitando las manos y a gritos llamó a su esposa Sofía, y le pidió trajese el amuleto y me lo regalase.

-Joven, en sus manos, me dijo, mucho le habrá de servir en la vida difícil que hoy inicia-.

¿Hasta dónde me sirvió el amuleto?, no podría decirlo fácilmente, porque en multitud de ocasiones vi el peligro junto a mí en la eterna lucha, en contra de malos gobiernos y personas involucradas en delitos rurales de alta trascendencia.

Cierto día se presentó a mi consultorio un hombre joven, alto y de buen ver y de mejor vestir, que seca y gélidamente me dijo:

-“Doctor, no me pregunte cómo lo supe y cómo llegué hasta Usted, sé que en sus manos está un amuleto al que la sierra ha conocido como amuleto de Bartolo, póngale precio porque he prometido llevarlo a los descendientes que aún existen en Inglaterra, del hombre cuyo fusilamiento fue ordenado por el general Francisco Villa. Quiero que el amuleto de Bartolo

regrese a las gentes que aún no olvidan aquel acontecimiento”.

Sorpresivamente la figura de Bartolo se interpuso entre los dos y con los ojos entrecerrados alcancé a ver su señal de asentimiento, para que entregase aquella prenda. Maquinalmente la cogí entre mis manos y sin costo alguno se la entregué a aquel hombre, quien de la misma forma como llegó, fríamente y sin ningún comentario, me dio las gracias y se retiró.

En plática informal con un amigo compañero de la Junta de Gobierno de la Universidad Autónoma de Sinaloa, el Licenciado Raúl Valenzuela Lugo, le relaté aquella historia que frecuentemente acostumbraba referir a mis amigos. Un brillo casi alucinante apareció en los ojos de Raúl, quien con una honda y profunda emoción, puso su mano sobre mi hombro diciéndome:

-Bartolo Valenzuela, era mi tío- y cuando terminó, yo me deslizaba ya por el túnel luminoso del recuerdo, orgulloso del brazo de aquel noble y viejo carabinero de Badiraguato. Tierra a la que he admirado tanto.

LA LEYENDA DE CHEPE VEGA

La comunidad de Las Higueras de los Vega, está ubicada en el centro de un vallado de gran anchura y de varios kilómetros de longitud, que corren de oriente a poniente en la parte norte del municipio de Mocorito y que penetra como acerada lanza entre las colinas de la parte oriente del municipio de Sinaloa de Leyva, hasta la margen izquierda del río Petatlán, de la misma entidad municipal. Este vallado comprende miles de hectáreas temporaleras, que son cubiertas en el estiaje con cultivos de sandía, chile, tomate, calabaza y frijol y en la época de lluvias, se cubre con una gruesa y verde alfombra de cacahuete de pródigas y exitosas cosechas, con un producto considerado como el mejor del mundo.

La ganadería revestía gran importancia y sus quesos dieron fama a Mocorito, en todos los ámbitos

del país y al cual halaga y reconoce por su exquisito sabor, Don Manuel Paino en su novela de Río Frío - queso de Mocorito con vino tinto, es algo que envidiarían los propios ángeles-.

Sus gentes sencillas y laboriosas integran un conglomerado humano, famoso por su pacífico y tranquilo discurrir en un ambiente de limpieza social, aquí se mezclan y amalgaman la leyenda y el corrido, para acomodar al tiempo y dejarle transmitir en lento y prolongado reposo, las órdenes para el manejo de los destinos de cada uno de sus habitantes. En la época del encuentro y despedida de dos siglos y en el apogeo y consolidación del régimen de Don Porfirio Díaz, surge el personaje de nuestra historia envuelto en el manto del cariño y del reconocimiento de un pueblo, que le condujo hasta los linderos mismos de la admiración. Joven bien parecido y de carismática presencia, provocaba la atracción de las mujeres y el amistoso y cordial acercamiento de los hombres, el corrido entreverado en las cuerdas de las guitarras y las voces de los juglares con su canto mono-rítmico, comienza a dibujar su figura con emoción y sentimiento;

Chepe Vega gran señor,
en rico pañal nacido,
por su gracia y buen humor,
de todos era querido.

-luego sigue hablando de su bravura y valentía, sin ostentación, de los que frecuentemente daba

muestras y por las cuales era temido por los gavilleros que asolaban la comarca, adorador de Birján, era un asiduo concurrente a las grandes fiestas tradicionales de toda la región, por ello el canto popular sigue diciendo:

Jugador empedernido,
generoso y muy sincero,
a nadie dejó sentido,
al repartir su dinero.

Caballero en su mula tordilla de gran alzada, sobre silla como nube plateada de metálicos estribos, con espuelas como estrellas de oro, pistola y rifle con rápidas saetas, Chepe Vega era un espectáculo en su recorrido vespertino por las callejas de Las Higueras, a la manera de los viejos guardianes de las ciudades del medievo. La mañana aquella crecía con la altura del sol, cuando la noticia corrió como reguero de pólvora por toda la comunidad y que hablaba de la súbita desaparición de Chepe Vega, organizados los vecinos en postas y patrullas, se dieron a la dramática y conmovida búsqueda del hombre consentido por el extenso vallado, poblados y selváticos espacios hasta las primeras estribaciones de la lejana serranía. De su última partida, el corrido retoma datos encaminados a seguir sus huellas y así nos dice:

De Las Higueras salió,
con rumbo a Bacubirito,
y en ese trecho maldito,
Chepe Vega se perdió.

y continúa:

Del Palmar a Las Higueras,
Chepe Vega se perdió,
en ese trecho hay panteras,
alguna lo devoró.

La afanosa búsqueda se prolongó por varias semanas y nunca encontraron rastros ni de él ni de su cabalgadura, la ingenuidad de las gentes envuelta en la duda y en el misterio, dando rienda suelta a suposiciones casi todas ellas en alas de lo sobrenatural, el corrido las recogía y con profunda tristeza relataba:

Con el diablo hizo una apuesta,
y dicen que la perdió,
como era de cuna honesta,
Chepe Vega la pagó.

y dicen que decía el cura:
el diablo se lo llevó,
porque éste siempre procura,
cobrarse lo que ganó.

Por última vez se vio a nuestro personaje en la feria de Bacubirito, cuando al caer la noche después de una gran parranda, pagaba a los miembros de la tambora de Mocorito, con relucientes monedas de metal amarillo, repartiendo sonrisas y palabras de agradecimiento, la desaparición de una bella paloma del aurífero lugar, era coincidente con la del hombre de Las Higueras, la malicia popular encerraba a su manera, una pícota metáfora sexual de que Chepe Vega, por fin había encontrado la punta de su pistola y con ella se había remontado sierra arriba, por los legendarios mundos de los minerales norteños desde San José, pasando por Calabacillas troyana, Guadalupe y Calvo hasta Parral en el estado de Chihuahua, la leyenda hermanada ya con el corrido hacía ya suya la seguridad de que en el río de los placeres, Chepe Vega se perdió y de sus lindas mujeres alguna se lo llevó. Acá abajo en el vallado y en el alegre rincón de Las Higueras, el corrido del juglar salpicaba con gotas de esperanza los buenos e indelebles deseos de las gentes.

Chepe Vega volverá,
es la cosa más sencilla,
a las Higueras vendrá,
en su gran mula tordilla

y finalizaba.

Chepe Vega volverá,
y por eso no se apuren,
a las Higueras vendrá,
con su gran mesa de albuces.

Para nosotros y el tiempo Chepe Vega, como
Arturo Coba fue devorado por la selva del amor.

LA LEYENDA DE HERACLIO BERNAL

El sol caía vertical a plomo, sobre la gran explanada que servía de antesala a la entrada de los túneles y los tiros de la mina más famosa de Guadalupe de los Reyes, los mineros agrupados en pequeños, medianos o grandes núcleos, agitaban los brazos con desespero en el ramificado ambiente, atentos y suplicantes a la llegada del viento fresco, refugiados en barrancas y montañas, temerosos de bajar al poblado y enfrentarse a los severos latigazos de un sol tórrido y canicular. El sofocante calor anidado en las oquedades del subsuelo, había arrojado en violento y explosivo vómito a barreteros y peones hacia el exterior en angustiada búsqueda de asideras, a unas vidas barnizadas ya por el hambre y la silicosis. De tiempo atrás, habían endilgado a los dirigentes de la empresa minera, la urgente necesidad de suspender aquel turno del

mediodía, llamado por ellos “El de la muerte” por el gran número de víctimas cobradas.

Aquella mañana del ya casi agónico siglo XIX, deslumbrante como espejo veneciano y ardiente como desértica sábana, la rebelión obrera estalló envolviendo a capataces y a elementos armados de las guardias blancas de la negociación. Un moreno y fornido mocetón, no mayor de 30 años la dirigía, llevándola a sangrienta desembocadura. Repuesto de los resultados y acompañado de varios mineros, se remontó a los cercanos cerros para evadir de momento, la segura y despiadada represalia de los guardias blancos. Dos días después de aquellos acontecimientos y sin que nadie se enterase, Heraclio Bernal, que tal era el nombre del nuevo líder obrero, con su pequeña tropa asaltó el cuartel de las defensas mineras y la tienda de raya de la compañía, realizando una buena cosecha de armas, parque y alimentos, con la cual encumbró la alta sierra occidental, la que a partir de entonces sería su protectora y consejera.

La voz popular hecha canto, se aleja de la realidad histórica y se deja llevar por el decir sentimental de las gentes y con él cabalga para dar rienda suelta al corrido, célula matriz de la leyenda y en esa forma deja deslizar el consejo...

Afina bien tu guitarra,
para empezar a cantar,
versos que le compusieron,
a Don Heraclio Bernal.

Y así, alejándose de la explanada en donde explota un insólito movimiento de huelga, caen los motivos e interesados de la empresa deformadora de la verdadera estructural personal, de un luchador serrano, la cual destila del cobrizo encordado de la vihuela, con el fracturado ropaje del lamento...

La tragedia de Bernal,
en Guadalupe empezó,
por unas barras de plata,
que dicen que se robó.

La fama de bandolero, dispersada y esparcida por los voraces explotadores rubios, se quedó colgada de los ramajes de los árboles y de los riscos de los desfiladeros, dejando el paso libre al violento y macizo título, desprendido de la entraña popular y que trascendió las fronteras nacionales e internacionales, como Heraclio Bernal, “El Rayo de Sinaloa”.

Cierto día, haciendo honor a tan significado nombre, desarticuló las fuerzas del 18° regimiento de caballería del gobierno federal, apropiándose de toda la fusilería y dando pábulo con ello, a que el regocijo popular en boca del campesino montañés, repitiese en el corrido...

Que es aquello que relumbra,
por todo el camino real,
son los rifles del 18°,
que trae Heraclio Bernal.

Hazaña tan espectacular, repercutió más allá del estado, hasta los cuarteles del General García de la Cadena, recio opositor al gobierno de Porfirio Díaz, y quien entusiasmado con la personalidad de Heraclio Bernal, le invitó a sostener una plática con él, de donde ya realizada, surgió un manifiesto a la nación en contra de la dictadura, y en el cual incluida la firma del notorio sinaloense, levantó en forma estrujante y en su apoyo a todos los hombres del noroeste de México.

Preocupado el tuxtepecano, con el fulgor de la primera llamarada rebelde, apremia al supro cónsul de Sinaloa, el General Francisco Cañedo, para resolver sin excusas ni pretextos, la grave y alarmante situación revolucionaria. En tanto eso sucede, el Rayo de Sinaloa organiza y aumenta su contingente guerrillero y ayuda con dinero, implementos y yuntas a los campesinos para el laboreo de sus tierras, siempre del brazo de una sonrisa bonachona, pero al mismo tiempo retadora, principalmente cuando responde a los cargos de abigeato, en vano intento de destruir su recia estructura de benefactor de los pobres, dejando así en la boca de sus cantores, lo mejor de sus verdades...

Yo soy Heraclio Bernal,
y no ando de roba bueyes,
yo tengo plata sellada,
en Guadalupe de los Reyes.

Y en efecto, así lo era, porque él como sus amigos, conocían los lugares en donde la plata nativa

era cortada con tajadera, y vendida por kilos en Cosalá, en Mazatlán y en la capital del estado.

Su contacto y duelo frustrado con el General Benjamín Hill en la ribera del Piaxtla, hablan de su comprensión y generosidad en momentos cruciales de su existencia. El sonorenses, al ver rodeada la diligencia por las huestes de El Rayo de Sinaloa, bajó de la misma para retar a duelo personal al jefe de los asaltantes, el gesto de aquel hombre impresionó tanto a Heraclio Bernal, quien dirigiéndose lentamente hacia el militar y tal como lo dice el trovador, lanza sus palabras al aire...

A los hombres como Usted,
los respeto y los admiro,
siga Usted mi General,
que yo de aquí me retiro.

Y después de un apretón de manos, los protagonistas de aquella escena del medievo, se despiden envueltos en los frescos vientos de las marismas, fieles testigos de tan singular hombría.

El General Cañedo, incapacitado para organizar un movimiento contra-guerrillero, dada la peligrosidad del oponente, perversa y cobardemente echó mano del recurso milenario de los 30 dineros, para provocar la codicia de los judas y así lo acusa el juglar enardecido...

Gobierno de Sinaloa,
Gobierno de Culiacán,
ofrecieron diez mil pesos,
por la vida de Bernal.

El metal judaico cumplió a cabalidad su negro cometido, y fue así como el compadre preferido Crispín García, bajo las verdes sombras de las higueras, depositó el beso de la muerte, como dos mil años antes se había hecho con el redentor, bajo las bíblicas ramas del Monte de los Olivos, la tristeza mezclada con la rabia del juglar, deja a la posteridad fiel constancia de tan ácida felonía...

Mal haya el vestido negro,
y el sastre que lo cortó,
mal haya Crispín García,
que a su compadre vendió.

Las hazañosas huellas de El Rayo de Sinaloa, no fueron borradas por la ola asfáltica, porque buscaron refugio en los selváticos pinares y en los hoscos y misteriosos perfiles de los roquedales, por donde aún sigue circulando el mejor sueño de El Rayo de Sinaloa, en los últimos versos del corrido que le abre paso franco a la leyenda...

Heraclio Bernal decía,
en su caballo alazán,

no pierdo las esperanzas,
de tomar a Mazatlán.

La muerte y el tiempo impidieron al noble luchador, realizar tan importante hazaña, pero en cambio tomó el corazón de los sinaloenses y de brazo con él se perdió envuelto en el cálido y privilegiado paisaje de su tierra, pero adornando su indomable atuendo de guerrillero con los vistosos y azules listones de sus once ríos.

LA TAMBORA DE JUAN CARRASCO

La inquietud histórica de algunos sinaloenses, amantes de la cultura e interesados por ella y deseosos de dar a conocer las cosas buenas que tiene nuestra tierra, organizaron un foro, panel o reunión, en procura del lugar de origen de la organización musical, conocida en su principio como música de viento y después popularmente, como la tambora. Llegaron a conclusiones personales, sin demostración sólida de lo que buscaban, nosotros por nuestra parte amantes e impulsores también de la cultura, hoy echamos nuestra cuarta a espadas, para arrojar algunas luces en un tema tan discutido y por demás interesante. A los 84 años de edad, nuestros recuerdos lúcidos y tan frescos como en la juventud, nos llevan a los tiempos en que oímos por primera vez las bellas notas musicales, lanzadas a los aires por un conjunto musical raro y al parecer extravagante. Fue allí, en plena revolución armada,

cuando oíamos a nuestros mayores hablar del personaje que había hecho famosa a la banda de música de viento. El era un guerrillero muy conocido de Sinaloa, perteneciente al trío de personajes tan admirados por el escritor Martín Luis Guzmán, como lo fueron Pancho Villa, Rafael Buelna y Juan Carrasco. Según Don Martín en sus andanzas por Sinaloa, le tocó conocer al guerrillero, el cual le impactó en forma impresionante y más cuando se dio cuenta de la proclividad de Juan, a mantener las mejores relaciones con el pueblo, con el cual compartía sus gustos y sus costumbres. Le tocó ver a Don Martín por primera vez, a un hombre seguido por las calles de Culiacán, por una banda de música hasta entonces por él desconocida, ese hombre era Juan Carrasco. Por nuestra parte, supimos del soldado revolucionario por la descripción que de él hacía Doña Virginia Montoya, viuda de uno de los hermanos Gámez, precursores del movimiento armado. Me decía que era alto, delgado, de faz nada despreciable, de mirada inteligente y siempre dispuesto a permanecer en contacto con sus gentes, le gustaba usar camisas de seda de amplias mangas, sostenidas por ligas elegantes rematadas siempre con anillos, ya fuesen de plata o de oro, constantemente nos dice Doña Virginia, veía pasar a Juan recorriendo las calles de Sinaloa de Leyva en compañía de la Güera Carrasco, que era hermana de él, con la banda que era de su propiedad y que había sido organizada por él, igual sucedía en cada plaza tomada por el hombre del Potrero. Luego Badiraguato, Moco-rito y Culiacán,

popularizando aquella banda que muy pronto se arraigó en todo Sinaloa. Al salir Juan con sus fuerzas de la villa de Mocorito, dejó organizada una banda que fue llamada de “Los Hermanos Juárez”, que pronto se hizo famosa pero que tuvo que emigrar a Cajeme, en donde dio a conocer el importante organismo musical. Cuando eso sucedía, otra banda, la de Margarito Lozoya, surgió con grandes bríos, porque Margarito ha sido considerado el mejor clarinetista que ha dado Sinaloa en todo este siglo.

Margarito murió joven, pero su banda en lugar de dispersarse, se organizó en lo que fue después la famosa banda Guamuchilera y en la cual participaban, como redoblantero y tamborero, los famosos “pirriguas” Víctor y Jesús Ramírez, sobrinos de El General Granito de Oro. Cuando en la mitad de la década de los 20's llegué a Culiacán para continuar con mis estudios, tuve como maestro de música a Don Francisco Martínez Cabrera, profesor de orfeón del colegio Civil Rosales, del Instituto Sinaloense y de muchas casas de particulares, él nos refería en varias ocasiones lo que bien pudiera ser el principio de la banda de música, la cual admiraba mucho, decía el profesor que en la época de los conservadores y los franceses, de las bandas de esas tropas desertaron algunos músicos con sus instrumentos, estableciéndose en pueblos aledaños a Mazatlán, en alguno de ellos organizaron el primer conjunto musical que estaba constituido por una tambora, un redoblante, el bajo, un trombón de émbolos, un clarinete, una trompeta y una

armonía, a la que vulgarmente se le conocía con el nombre de cua-cua.

Los únicos instrumentos originales de Sinaloa, fueron la tambora y el redoblante, que no pudieron sustraer aquellos hombres de las bandas militares.

Durante mucho tiempo permanecieron en el sur y tardaron bastante tiempo para ser conocidos en el resto de Sinaloa, por la falta de comunicaciones y medios de transporte. Desde la época de la lucha armada, cuando el famoso guerrillero dio a conocer la banda de música de viento, organizada por él y que le acompañaba en todas sus correrías.

Ahora que algunos, dizque conocedores, quieren instituir el día de la tambora, tomando como punto de partida la fecha de La Guamuchilera, una banda ya muy sofisticada, grabó el primer disco sin tomar en cuenta que anteriormente hubo fechas muy significativas para haber usado alguna de ellas, por ejemplo, el 24 de junio el mero día de San Juan, para recordar y homenajear a quien más la impulsó, que fue Juan Carrasco, también el 19 de marzo cuando el famoso y trágico duelo de dos oficiales de Santiago, murieron cuando la música de viento era la que les estaba tocando, o si no el día 15 de julio, día de San Enrique, para recordar al famoso poeta sinaloense Enrique Pérez Arce, quien ha sido el que con mayor sentimiento ha cantado a la tambora. Sabedores de sus poesías, nos dice:

Por los arroyos del rancho,
entre mucho sombrero ancho,
y entre mucha yegua mora,
la palomilla de Pancho,
trae de gallo la tambora.

Desde el arranque de sus versos, lo involucra a uno en el paisaje suave, romántico y a veces trepidante de nuestras tierras surianas.

Todos estos datos, tal vez bajen de las nubes a más de algún pseudo-erudito, que trata de yuxtaponer hechos irreales a la historia de Sinaloa, sin recordar que lo yuxtapuesto ya no se usa ni en gramática, y que permanecer de esa manera inmersos en un sueño de prepotencia, igual o más grande que aquél en donde según cuentan solía permanecer el simpático y alegre perrito del tío Lolo.

LOS DEL MONTE EN LA LEYENDA

Para los historiadores expertos en política, la revolución mexicana no nace en 1910, porque lo acontecido en esa época fue el producto de un movimiento de la ciudadanía en armas, en dramática búsqueda del reemplazo de los hombres en el poder, por otros sedientos de mando y de sus pródigos entornos.

Los ingredientes ideológicos, compañeros inseparables de todo movimiento social, aunque esporádicamente presentes en la lucha cruenta de los bandos en pugna, fueron marginados, dejando a la orilla del camino a sus exponentes como los Flores Magón, los Vázquez Gómez, los Cabrera, los Palavicini, los Vasconcelos y muchos más. El triunfo de las armas sobre el porfirismo, no modificó en nada el sistema político y social del país, porque durante 25 años, todo caminó del brazo de las facciones contendientes por el

control del gobierno, pero sin resolverse a realizar una verdadera revolución. Las tonalidades románticas de aquella etapa sangrienta, sirvieron para edificar a muchos de sus más significados elementos como Madero, Pancho Villa, Zapata, Carranza y Rafael Buelna, con sitios bien ganados en la historia de México.

Con Lázaro Cárdenas en 1935, se inicia la transformación de un país aún con marcha cerebelosa. El plan sexenal del hombre de Jiquilpan, lo trastoca y lo destruye todo y rompe los diques del estancamiento, para hacer surgir de las aguas desbordadas, la energía necesaria para construir un país nuevo. La ola del nuevo orden se extiende por todo el país y llega a Sinaloa, con la violencia del huracán, acompañada de un Zapata insurrecto, dueño ya de una libertad para sus indios, pero todavía en persecución terca del pedazo de tierra para cada uno de ellos y dejar así cubierta su legendaria meta de “Tierra y Libertad”.

En el sur del estado, el agro se conmocionó y la lucha fratricida abrió uno de los capítulos más dramáticos en la historia de la tierra de los once ríos, el parvifundio y el ejido delimitaron los campos y la sangrienta lucha fracturó el tranquilo y amalgamado paisaje de cielo, mar y tierra. Los pequeños propietarios, abandonan sus hogares y se convierten, de la noche a la mañana, en sombras verdes y silenciosas, hermanándose con los árboles de selva y sierra y formar así la legión de luchadores conocidos como “Los del Monte”. En otras latitudes, los invasores de

las tierras, organizados en defensas rurales, protegidos y disciplinados por el ejército, pelean fieramente por algo que nunca habían tenido. Bañadas con las notas emocionales, retadoras y provocativas del corrido nacionalizado como himno, plantan cara a cualquiera...

Viva Cárdenas muchachos,
Viva la revolución,
que vivan los agraristas,
orgullo de la nación.

Y en el clima del fervor ideológico, aceptan y agradecen la revolucionaria dádiva del líder Tarasco...

Viva Cárdenas muchachos,
y todo lo que él encierra,
que viva el hombre más grande,
ese que nos dio la tierra.

Valientes como eran los ejidatarios, no se inmutaban cuando a través del viento, llegaba también amenazadora la contestación.

Muera Cárdenas muchachos,
muera la revolución,
y mueran los agraristas,
rateros de la nación.

Y con lástima, más que con rencor, terminaban...

Los del monte les decimos,
desde esta bendita sierra,
que boca les va a faltar,
para tragarse la tierra.

Las emboscadas y los encuentros se multiplicaban y la valiente, generosa y cálida sangre de hermano, teñía cotidianamente las cristalinas aguas de los ríos surianos.

El movimiento de rebeldía agrario en Sinaloa, nunca tuvo cabeza visible, por lo cual se movía desorganizadamente y los triunfos pírricos obtenidos por los del Monte, no iban más allá de la admiración de sus familiares y simpatizantes. Brotaron eso sí, caudillos locales y regionales como Manuel Sandoval “El Culichi”, Pedro Avilez “El Gallito”, “El Tachuelas” y el más significado de ellos como Rodolfo Valdés “El Gitano”, con centro operativo en los municipios de Mazatlán, Concordia, El Rosario y Escuinapa. Joven y carismático, según sus amigos y seguidores, El Gitano procedía de una familia de clase media rural, pero ambicioso y audaz desde niño, entabló y conquistó relaciones con gente de su edad, pero provenientes de clases de la alta sociedad de las cabeceras municipales, principalmente la de Mazatlán. Amigo de los del Monte y de motu proprio, se lanzó a la gran aventura en alocada procura de méritos y laureles, de no muy justa y clara procedencia. Las guerrillas organizadas por el Gitano, fueron arrojadas por éste frontalmente contra el ejército y así se entabló

aquel gran duelo de fuerzas, entre Los del Monte de Rodolfo Valdés y las del llamado pacificador del sur, Coronel Jesús Arias Sánchez. Los versificadores campiranos, con el sentimiento propio del espectador imparcial, nos habla de la dramática dimensión de un incidente entre los dos personajes...

El Coronel Arias Sánchez,
manda un recado al gitano,
te me entregas tal por cual,
o me fusilo a tu hermano.
Sin molestarse el gitano,
le contesta al coronel,
si fusilas a mi hermano,
tu vida paga por él.

Más que la ominosa advertencia, el tuteo puso en ascuas al militar, ordenando de inmediato el fusilamiento del familiar guerrillero, en los patios del palacio municipal de El Rosario. El trágico resultado recrudeció la lucha, dando origen a una despiadada contienda sin cuartel, que se prolongó por varios años. Uno de los más violentos enfrentamientos, sucedió en Palma Sola, en la que murió un coronel de apellido Lugo y gran número de los miembros de su batallón, así como varios luchadores de Los del Monte.

Durante todo el sexenio de Cárdenas y del de Ávila Camacho, el conflicto no daba trazas de desaparecer. La muerte del gobernador de aquel entonces Coronel Rodolfo T. Loaiza, en forma insólita y

coincidente, lo logró huracanadamente, tal y como se presentó.

La mayoría de los líderes armados, murieron con las botas puestas, solamente el Gitano, ante la deserción de sus amigos y compañeros de aventura, murió en su cama rodeado de sus afectos más cercanos.

La leyenda y el corrido se hermanan, para dejar fiel testimonio de aquella borrascosa etapa de la historia de Sinaloa...

Los del Monte se perdieron,
y los agraristas también,
y las cruces que dejaron,
pasaron de más de cien.

Los años corrieron sobre los desolados caminos y en un rincón serrano, junto al jacal, el ejidatario acompañado de su familia contempla y oye el ronroneo del tractor, piloteado por el junior del antiguo enemigo a quien hubo de vendérselo por gran necesidad.

Abrazado a la fiel compañera, analizaba las dos alternativas que le quedaban, la de la hambruna o la de perderse sobre las bruñidas paralelas de los rieles, hacia el negro misterio del exilio.

CIPRIANO ALONSO

La república de Colombia, siempre ha ocupado un lugar muy significado en el contexto de las naciones del continente latinoamericano, es raro pero justo reconocer, que teniendo el mismo origen troncal que sus demás hermanas, haya logrado conquistar un nivel cultural superior. Su historia es de una riqueza sin igual y la belleza arquitectónica de su ciudad, siempre ha llamado la atención de quienes se dedican al estudio del pasado de esta nueva fracción del planeta. Poseedora y asiento del llamado Museo del Oro, el cual conserva en su interior más de quince mil piezas de este metal de diferentes tamaños y estilos que muestran la habilidad de sus orfebres.

El colombiano es un apasionado de la lectura, las estadísticas muestran que cada ciudadano ha leído más de cinco libros por año, cosa no igualada en otras

naciones. Amantes de la literatura, la mayoría de sus jóvenes estudiantes y profesionistas le dedican buen tiempo a la composición en poesía y en prosa, que la ha hecho famosa no solamente en los tiempos antiguos, sino en los actuales y cada ciudadano cuando sale por las tardes, se hace acompañar de las cuartillas que escribió durante el día para leérselas al primer amigo con el que se encuentra, cuando surge la anécdota que cuentan que al encontrarse dos amigos, sacando las cuartillas al mismo tiempo, se dicen: si me lees, te leo, lo cual indica la prodigalidad de la producción literaria en Colombia, dando cuenta con el mejor exponente amo de la literatura, la figura de Gabriel García Márquez, metafórico escritor de gran profundidad, constituido como Premio Nóbel.

En la parte negativa de la vida de Colombia, nos encontramos con un remolino ideológico saturado de pasiones que divide a los colombianos y que ha dado lugar a la formación del ejército, llamado Libertadores y de gran número de guerrillas, en ese medio surgió un hombre al que se conoció como “Tiro Fijo”, apodo que superó su nombre de pila y su origen perseguido constantemente, era admirado por su habilidad para manejar rifles y pistolas, con una puntería a la cual obedecía su apodo.

Su recuerdo nos trae a México muchos años antes de su aparición, en el principio del movimiento armado de 1910, al describir a un tipo nacido en Bacamacari del municipio de Mocorito, llamado Cipriano Alonso, miembro de una familia artesanal en

la cual figuraba su padre y su hermano Margarito, constructores de campanas que por su sonoridad y su acabado, eran muy apreciadas por todas las iglesias del estado y fuera de él. Se dice que usaban cobre nativo y sulfuro llamado petanque, teniendo siempre oro y plata, que aliados todos estos metales daban a las campanas la singular sonoridad, de que gozaban siempre en contacto con las azules lejanías.

Un día, Cipriano en compañía de Candelario Inzunza y de otros amigos, emigró hacia los Estados Unidos y siendo aficionado a la minería, recorrió yacimientos desde Yuma, California y Alaska. Cuando supieron del estallido del movimiento armado de México en 1910, resolvieron regresar al país para entregar su juventud y su entusiasmo al gran incendio mexicano. Se unieron al primer revolucionario armado de Sinaloa, Gregorio Cuevas y estuvieron con él en el primer sitio de Culiacán, Cipriano, aparte de ser buen minero, era un gran armero y en plena revolución logró reformar un rifle de los llamados “mondragones”, con características especiales en el rayado del cañón para lograr mayor alcance, mejor puntería y sonoridad que le distinguía de los demás, por lo que Cipriano le llamó El Cantador.

A la muerte de Madero, Cipriano siguió militando a la orden de Gregorio Cuevas y nunca aceptó grado alguno, porque de su puntería había hecho una especialidad, que la usaba en los combates para eliminar a los sargentos que mandaban los

pelotones, pues decía que muerto el sargento, el pelotón luego se rendía.

Su fama trascendió las fronteras y todos los jefes revolucionarios lo reconocieron como un gran tirador, causando la admiración no solamente del General Villa, sino de los generales sinaloenses.

Se dice que cuando el sitio del Santuario en donde se refugiaba el Coronel Morelos, desde la azotea de la cárcel municipal, hacía blanco en cualquier soldado que se movía en la torre o azotea del Santuario, por lo que contribuyó en parte a la rendición del famoso coronel, que terminó entregando su espada al Coronel Gregorio Cuevas. Cuando el Coronel Morelos fue sentenciado a muerte, al margen del respeto que se le tenía por su vida, como uno de los últimos deseos pidió conocer a aquel enorme tirador, que tantos estragos había causado en sus filas.

En la marcha del ejército Constitucionalista hacia el sur, el Coronel Gregorio Cuevas se llevó entre sus filas a Cipriano Alonso y a Candelario Inzunza, nombrando Mayor a Candelario no así a Cipriano, que siempre se negó a obtener grado. Después del sitio de Mazatlán y ya en las proximidades del centro de la república, en un fiero combate cayó abatido Gregorio Cuevas y a su lado el famoso tirador Cipriano Alonso.

La muerte de estos sinaloenses nos hace ver que no existe lugar en la república, en donde no se encuentre una tumba de un sinaloense, que perteneció al estado que mayor contingente presentó al movimiento de 1910.

Hoy, la leyenda Cipriano Alonso, sigue circulando y cuando a algún buen tirador se refieren, siempre el recuerdo de este gran hombre se hace presente.

EL TOBALON

Culiacán vivía en la época de los 20's, la fiebre de un deporte, el béisbol, traído por repatriados buscadores de oro y marineros norteamericanos azotados por un pueblo recién salido de la hecatombe, provocada por el movimiento armado de 1910. Los muchachos de El Colegio Civil Rosales, comandados por Roberto Lizárraga, organizaron el primer equipo, teniendo como contrincante a otro equipo de artesanos, entre los cuales figuraban oficiales, zapateros y de otros oficios, estando al frente el profesor de Química José María Cota y Cota, quien le puso el nombre de Tres Estrellas.

No existían ligas tan cacareadas como las de ahora, sino que solían realizar cada domingo, juegos de exhibición y unidos a veces los dos equipos para desafiar a equipos de Mazatlán, con los cuales sostuvieron encuentros tórridos, creando una rivalidad

deportiva que prevalece hasta la fecha. Frente a aquellos jugadores destacaba Ignacio Espinoza, El Baby Ruth Mexicano, como se le llamaba por su facilidad para el bateo de largo alcance, a Raúl Angulo, famoso Short Stop, al Coyote Díaz un gran filder, a Carlos Osuna, a Oscar Acosta entre los Rosalinos, famoso pitcher Enrique Duarte “El Duartillo”, pilar del equipo Tres Estrellas y a sus hermanos Benjamín y Joaquín y otros más de una dinastía beisbolera, que tanta satisfacción le dio al pueblo de Culiacán, Sinaloa, sin dejar de lado al famoso segunda base del Tres Estrellas El Guacho Morales, ejemplo de una vida beisbolera en la cual nunca tuvo el más ligero asomo de errores.

En el apogeo de ese remolino deportivo, arribó a Culiacán un repatriado originario de La Noria, Mocorito, a quien cariñosamente se le llamaba El Tobalón, cuyo nombre era el de Santo Salas. Solicitó el puesto de Pitcher en el equipo rosalino, decidiendo Roberto Lizárraga ponerlo a prueba, la cual resultó más que satisfactoria, estrujante, porque dada su fuerza, imprimía al lanzamiento de la bola una velocidad tal, que si hubiese habido medidores sofisticados, entenderíamos la resistencia que provocaba en los jugadores de cuadro a admitirlo como compañero, sin embargo, en algunos juegos que participó como Pitcher, era raro el bateador que conectaba su lanzamiento y solamente por su simpatía y el gran cariño que despertó entre los estudiantes, se le otorgó la colocación de filder, en donde se daba el lujo de hacer tiradas de aire al Home, por lo cual era difícil que el

corredor colocado en tercera base, lograrse llegar a la goma.

Alguien profundamente interesado en la vida de El Tosalón, se dio a investigar su origen, encontrando su procedencia en una familia Félix, de la Noria, famosa por la cantidad de hombres y mujeres fuertes que llamaban la atención. Ya era legendaria su presencia en los tendidos de las vías del ferrocarril sud-pacífico, en donde con gran facilidad acostumbraban a mover rieles y durmientes. Sus mujeres participaban de igual fama y cuentan que una de ellas, cuando el novio se encontraba de visita, uno de los mozos de la familia se negó a obedecer la orden de la muchacha, que consistía en lanzar sobre una enramada un cuero que tenía un peso de más de 30 ó 40 kilogramos para extenderlo y salarlo, se rehusó en virtud de que no había quien le ayudase. Parándose la muchacha de su asiento y en presencia del novio, cogió el cuero y con gran facilidad lo arrojó encima de la enramada, lo que motivó que el famoso pretendiente no volviese a pararse en aquella casa.

De esa estirpe dependía Santos Salas, quien en su largo peregrinaje llegó a fomentar el deporte a la Villa de Mocorito, en donde formando parte de un naciente equipo se le admitió como manager, porque jugadores de Guamúchil y de Guasave, rehusaban a venir si El Tosalón iba a pitchar.

Regresó a Los Ángeles, en donde nunca se le dio la oportunidad para participar en las ligas mayores, por su fuerza y habilidad de pelotero. La nostalgia lo

empujó de nueva cuenta a Sinaloa, en donde siguió por mucho tiempo participando con equipos que comenzaron a proliferar en todo el estado.

Habiendo sido nosotros, aunque jóvenes contemporáneos de El Tobalón, por la fama y simpatía que él despertara en todo el estado, nos dedicamos a recabar datos sobre su personalidad. Don Cristóbal Félix, fue el tronco de esta familia, nadie se atrevía a saludarlo de mano, pues su apretón era capaz de triturar los huesos, sus hijos y parientes, campesinos de buena cepa acostumbraban ir de cacería sin armas de fuego, atentos a sus fuerzas porque a pedradas solían conquistar piezas de gran tamaño, entre ellas venados.

Referente a Santos Salas, nos contaban sus contemporáneos, que lograba aplacar la rebeldía de algunos asnos a base de puñetazos, con los cuales en más de alguna vez, provocó la muerte de alguno de ellos. El sólo y varios de sus compañeros, solían servir a sus progenitores desempeñando el papel de yunta de bueyes, jalaban sin descanso el arado de palo en barbechos y siembras. Tan conocidos eran los Tobalón que en honor a la verdad, nadie se atrevía a tener problemas con ellos, todavía en los actuales tiempos esporádicamente resultan hombres de tal naturaleza, que son llamados Los Tobalones. Más de algún hombre la piensa para casarse con una mujer de esa familia, temerosos de despertar en ellas el uso de su fuerza.

El Tobarón, cuando regresó de nuevo a Culiacán y estando de moda también las vencidas con los dedos o con las manos, aceptó muchos desafíos de los cuales salía siempre triunfante.

Dado su buen vestir, adornado siempre con un hermoso reloj tipo ferrocarrilero y con cadena de oro, era aceptado en los bailes de la alta sociedad y mujeres y hombres se disputaban su amistad, porque era a la vez un tipo simpático y dicharachero. Ni un cronista beisbolero, que yo sepa, se ha referido a la época en que El Tobarón era una figura destacada, pues sólo se concretan a relatar lo sucedido en la Liga de la Costa y en la actual Liga Mexicana del Pacífico, en donde los peloteros cuidan más de su físico que de su entrega a la camiseta, lo cual frustran y decepcionan a miles de aficionados, sin importarles los deportes como es el béisbol.

En plena juventud y dada su afición a las fiestas de los ranchos, en uno de ellos, en El Playón en el municipio de Angostura, Santos Salas cambió golpes furibundos por puñaladas certeras que acabaron con su vida, cuando eso sucedió, él ya era un hombre que había penetrado en la leyenda, la cual repetimos constantemente, pues existen quienes hacen comparaciones odiosas de un presente oropelezco y no de un pasado lleno de romántico sucedidos.

LA REATA DE DON SILVANO

En la década de los 20's, fuimos testigos de un hecho insólito, en el cual se involucró en forma explosiva, el destino de un municipio de la geografía mexicana no solamente en el plano nacional, sino en los terrenos internacionales. A unos años de la primera guerra mundial, la zona norte de Sinaloa, exactamente en los espacios comprendidos en la desembocadura del río Évora, el municipio de Angostura, se convertía a la manera de las zonas bajas del río Nilo, en Egipto, en un emporio agrícola que jaló hacia sus ricos productos, la admiración mundial. El garbanzo, llamado el milagro de oro y principal cultivo de la región, abarrotaba no solamente por su abundancia, sino por su calidad, los mercados internacionales. Hasta la época indicada, en ninguna parte se había logrado el rendimiento por hectárea que se obtenía en esos maravillosos terrenos. La siembra

de un kilogramo de grano, era capaz de producir hasta cien kilogramos, alcanzando precios estratosféricos y haciendo surgir grandes fortunas entre los privilegiados agricultores.

La dedicación y el cariño mostrados para tan significado cultivo, llevaron a un agudo observador, a contemplar una mata de garbanzo fuera de tiempo y con el fruto ya para cosechar, siendo que el que comúnmente se sembraba tardaba varios meses en producir. Recogió con sumo cuidado aquellos granos maravillosos y sembrándolos año con año, logró adquirir una importante variedad a la que le llamó garbanzo breve, que reducía con bastante tiempo tan rica cosecha. Fue sembrado el garbanzo a principios de otoño, para cosechar antes de que el invierno causase estragos con sus heladas.

En aquella franja agrícola, vivió un recio señor entregado a la tierra con el calor y la pasión que todos y cada uno de los agricultores ponían en el desempeño de sus tareas. Constructor de una gran hacienda agrícola-ganadera, Don Silvano como cariñosamente se le conocía, adornó el producto de sus desvelos con los blancos azahares del matrimonio, de donde surgió como regalo de la providencia, el varón heredero de sus sueños y riquezas. Silvanito, como se le llamó desde su cuna, creció entre mimos y caricias de una madre que lo idolatraba, y la alegre pero adusta preocupación del viejo, que deseaba para su hijo la disciplinada rigidez con que él se había criado.

Los años rápidamente se amontonaban y la bondadosa influencia materna, hizo de aquel muchacho lo contrario esperado por el padre. Siendo todavía un adolescente, Silvanito abandonó sus estudios y por la calle del brazo de innumerables amigos, inició una vida de alegría desordenada, en presencia y a espaldas de los padres hacía y deshacía el producto de las ventas de cosecha y ganado, sin que hubiese poder humano que le frenase en sus alocados despilfarros.

Muerta la madre, a la que nunca hizo caso y Don Silvano, refugiado en su impotencia, cayó abatido por la decepción en los linderos de una agonía que lo conduciría al final. Cuando esto sucedía, echó mano de sus amigos de toda la vida para que le llevaran hasta su lecho de dolor, al muchacho carambanas. Logrado esto y todo contrito después de recibir de Don Silvano una reprimenda, fue solicitado por éste un gran favor:

-Mira Silvanito, le dijo el adolorido padre, aún queda mucho ganado y tierras y sé bien que con la vida que llevas, pronto darás al traste con todo, prométeme que cuando esto suceda y antes de arrastrar mi nombre por el fango, agarrarás de ese baúl de cedro que está en esta habitación mi reata consentida, la amarrarás de ese gancho que ves en el techo de esta pieza, te la pondrás al cuello y te ahorcarás-.

Fueron las últimas palabras del viejo Silvano, en el momento de expirar.

Entierro y velatorio se celebraron con gran solemnidad por amigos y parientes, en tanto la vida del malcriado hijo seguía su curso.

Destrozada la hacienda y con la casa semi-hipotecada, Silvanito recordó el favor pedido por su padre y tratando de cumplir la promesa hecha, entró a la habitación en que había muerto su padre, lentamente abrió el baúl, cogió la reata y como pudo la amarró al gancho señalado, poniéndose el lazo al cuello se arrojó al vacío, en tanto se desprendía del techo la lozeta protectora de una alacena llena de monedas de oro, las cuales cayeron en cascada al suelo y un gran papel, en donde con grandes caracteres se leía la siguiente orden: “Acábate esto también, sinvergüenza”.

Mudo por la sorpresa, Silvanito entró en profundas reflexiones y desde aquel momento, cambió su vida totalmente. Logró, a base de trabajo, seguir el ejemplo de su padre. Engrandecer la hacienda, formar un hogar y significarse como un gran ciudadano, en la sociedad del gran viejo Silvano. Ha sido un gran ejemplo para quienes vivían en el emporio agrícola, que aún lo sigue siendo como es la zona de Angostura. Fuimos contemporáneos del nacimiento de esta leyenda, que todavía sigue recorriendo el hermoso paisaje de Sinaloa.

EL ALICHAN

Desbordada ya la adolescencia literaria y dejando muy atrás los cuentos infantiles de Calleja, Charles Perrault, Anderson y pasando sobre Cervantes con su libro de libros El Quijote, para sentirnos después protagonistas en las novelas de Salgari, Víctor Hugo y Alejandro Dumas, comenzábamos a sentir el impacto de los clásicos que tan previsoramente y patrióticamente y a precios irrisorios, había puesto al servicio del pueblo el enorme Oaxaqueño Don José Vasconcelos, topándonos de pronto a nuestro paso por España, con un bello relato de Gustavo Adolfo Bécquer sobre un hermoso ejemplar, la fantástica Corza blanca, asombro y deleite de los españoles que supieron por el gran escritor no sólo de su belleza y rara existencia, sino de sus grandes aventuras. Esta lectura me recordó en forma explosiva, lo que de niño había oído en boca de cazadores, que

constantemente hablaban de un venado del mismo color de la corza, al que conocieron con el nombre de El Alichán, jamás tocado por bala alguna, porque su muerte acarrearía desgracias a quien lo hiciese.

Consultando a mi simpático vaqueano, sobre el hecho de tal naturaleza, me dijo que en realidad El Alichán si existía y que cuando yo lo desease me llevaría al refugio donde su existencia era segura, con tal promesa un día cualquiera con un bien surtido equipaje, partimos para mí hacia lo desconocido. Sintiéndome un nuevo Living Stone, en su afanosa búsqueda de las altas fuentes del Nilo, pronto dejamos atrás los breñales de las zonas bajas tocadas ya por un otoño que anunciaba un invierno crudo. Las primeras estribaciones de la sierra de Parra, presagiando ya un verdor exuberante, nos presentó a la vista el primer gran escalón de la Sierra Madre Occidental. Valente, como solía llamarse mi guía, al ingresar a aquella espesura selvática se sintió como pez en el agua, comenzando a describirme los secretos hechos bondades de las distintas variedades de flora y fauna silvestres. Hablaba con pasión de la yerba-anís, olorosa planta domadora de cólicos intestinales en la época canicular, no escatimaba elogios al pochote, que según él creaba con sus flores una belleza inigualable a los animales que la consumían, principalmente al venado; daba a conocer plantas cuyas hojas anti-hemorrágicas eran sumamente apreciadas, árboles con cáscaras anti-reumáticas, muy solicitadas por médicos y curanderos naturistas. Nos obligaba a contemplar con admiración,

distintas variedades de reptiles, principalmente boas de largo metraje y víboras hermosas de un cascabel sonante, pero incapaces de atacar si no se le provocaba.

Por aquél hombre supimos que las astas de venado viejo, pulverizadas y convertidas en carbón, eran eficaces para el cáncer de la piel, conocimos en aquella oscuridad verde, al lince y al puma, pero sobre todo a la manada de lobos, de estampas hermosas y ya en plena extinción en estos tiempos, en que el hombre se ha convertido en el peor depredador de la naturaleza.

Ya junto a los roquedales, advertimos manchas grises de musgo, casi semi-petrificado, que al ser humedecido por Valente, se transformaban en flores hermosas, llamadas por los campiranos “Flores de Piedra”, consideradas como prisiones de ilusiones doradas, porque bebidas en forma de té, resucitaban el potencial sexual ya pedido.

Por fin, en una fría mañana, llegamos a un vallecito atravesado por un arroyo de aguas azules y transparentes, circundado por una tupida arboleda, en donde destacaban enredaderas con flores de todos colores y semejando todo el conjunto, un verdadero paraíso, porque también se encontraban membrillos, duraznos y manzanos en plena fructificación. Descendimos al arroyuelo, en el fondo del cual se percibían relucientes pepitas de oro, constituyendo algo jamás imaginado por mí. Valente, al advertir la sorpresa que me causó tal espectáculo, me dijo que solamente podía coger siete de aquellas partículas doradas, que la

adquisición de mayor cantidad, no solamente sería un sacrilegio, porque representando los siete días de la semana y las siete palabras milagrosas de que nos habla la biblia, acarrearían desgracias sin límite. Tomé las siete pepitas aconsejadas y regresando al lugar donde habíamos acampado, Valente iba recogiendo estiércol de venado para regarlo en el trayecto, pues a su parecer, el husmeo de los venados percibirían nuestra presencia y no se atreverían a llegar a aquel lugar.

Pronto llegó la hora en que la selva iba escondiendo entre sus ramas la limpia claridad de la tarde y la presencia de la primera partida de venados, descendiendo para beber agua en la corriente y retozar alegremente, triscando al mismo tiempo el tupido pastizal de las vegas.

Cuando la partida iniciaba el regreso, alcanzamos a columbrar en lo alto de la colina, al legendario venado blanco, o sea, El Alichán, inquietante motivo de nuestro viaje. Lo observé por varios minutos con los catalejos alemanes regalo de mi padre, confirmando lo que ya había oído acerca del raro animal, como era lo de su color blanco desde las astas hasta las pezuñas y superior en tamaño a todos los de su especie.

Por primera vez conocía el color de la verdad absoluta, blanca, sin asomo de sombras y tal como soñaba para una humanidad envuelta en la blanca sábana de la paz, capaz de cubrir un planeta blanco como El Alichán y ya nunca más herido por la mano del hombre. El recuerdo de El Alichán, me ha

acompañado toda la vida, señalándome la blancura con que he ejercido mis tareas profesionales y todos los actos importantes de mi vida.

EL GÜERO DEL JALON

Vivimos tiempos en los cuales la prensa, la radio y la televisión, nos hablan día con día de modernos deportistas protagonistas de grandes hazañas, causantes de la admiración de pueblos, unidos en el letal conformismo que les es proporcionado por los sistemas esclavizantes del momento.

Campeones de Box, de Tenis, de Béisbol, de Lucha y de Futbol, forman parte del pan y circo que constantemente se les ofrece. Lejos han quedado las épocas de los deportes autóctonos como el Gome y la Ulama. El primero, que eran competencias a campo traviesa, por osados esquivando entre los breñales el contacto con ellos, evitando el rasgado de las ropas que irremisiblemente llevaban a la derrota, a más de alguno de los participantes.

De la Ulama ni quien se acuerde, juego maravilloso de nuestros antepasados indígenas, portadores de alegría y captadores de la atención de cientos de comunidades. Grandes exponentes de este juego surgieron en el siglo pasado y a la mitad del presente, cuando deportes como los que hemos señalado, los relegaron al olvido.

Un Ulamero como Don Ruperto Arias, llamado el Güero del Jalón, del brazo de la fama, alcanzó a penetrar en los campos de la leyenda. Le conocimos ya entrado en años y cuando apaciblemente vivía de sus recuerdos, de él obtuvimos datos del bello pero raro espectáculo, por él conocimos la técnica del juego, El Taste, como se le llamaba y las reglas a que debería sujetarse tal evento antes de iniciarse.

La raya central llamada Analco, dividía en dos partes iguales El Taste, pues su longitud variaba entre los cincuenta y los cien metros, y según el número de participantes, que por lo general eran dos de cada lado y de ancho medía metro y medio; reunidos jueces y jugadores, tal como se observa en el Béisbol, iban cayendo las indicaciones a que deberían someterse. En primer lugar señalaban el primer saque como pega, lo que se declaraba libre en duración hasta que caía en la primer raya o punto, a favor de alguno de los bandos. La segunda regla era Male Libre, que cuando cruzaba después del Analco se le llamaba guala y se decía: gualas arriba y abajo, es decir, que podía cogerse en el aire o de bote en la tierra, lo cual provocaba también el gane de un punto. Pero cuando El Male iba por El

Taste y no era contestado, se decía Male besa raya en todo El Taste, es decir, que nunca se marcaba fuera cuando la pelota seguía por la orilla de la raya.

Otra regla era de contestar en mala forma, se decía: brazo volteado y garrote, garrote donde quiera es muerta, provocando la caída de otro punto, favorable naturalmente al bando contrario. La cuarta era no hablar con los chiveros, o sea los jueces de los extremos y el final y más importante era, el de Tizne a su madre el que recuse a un vedor, nombre que se le daba a cada juez. Es importante señalar otra regla, que era cuando El Malero hacía su saque, tenía que salirse y dejar en El Taste los principales contendientes como eran dos de cada lado.

El Güero del Jalón, era un mestizo blanco, alto, muy bien musculado que podía competir en el juego de Ulama contra dos o más jugadores. Sinaloa y Sonora conocieron de sus habilidades, no hubo en todo el noroeste quién lograra vencerlo. Nos contaba Don Ruperto, que frecuentemente se reunían un grupo de amigos para hacer girar hacia el norte, con destino final en Cananea, en donde aparte de jugar, trabajaban en las minas. Cuando el güero y sus amigos visitaban Cananea a finales del siglo, se encontraron con un nuevo deporte que había ya tomado carta de naturalización en el mineral. La Lucha Libre practicada por los Estadounidenses, entre los cuales figuraban negros corpulentos y fuertes, no había lugar específico para el ejercicio de aquella disciplina, pues por lo general los encuentros se llevaban a cabo en cualquier lugar

despejado, sin cobrar la entrada, quedando así libres para grandes apuestas. Un negro a quien llamaban Jonny, era el más significado de todos ellos y con el cual los sinaloenses armaron una lucha, en la que por parte de ellos, figuraría El Güero de El Jalón. Llegada la hora y ante una enorme concurrencia se inició el desafío, en donde el negro con miles de argucias trataba de vencer a su contrincante, sin esperarlo, en uno de sus acercamientos a El Güero cayó en un abrazo de éste, quien con toda la fuerza de que era capaz, fue apretando lentamente hasta que el negro, a falta de aire, cayó pesadamente al suelo completamente desmayado. Con este triunfo, nadie se atrevió a volver a tener contacto con Ruperto Arias. Tiempo después y de regreso a Sinaloa, El Güero siguió jugando con Ulameros de todo el estado, adquiriendo la gran fama que le llevó hasta la hora de su muerte, rodeado de una bonita leyenda, que hoy se repite por todos los rumbos.

Al recordar a este hombre excepcional, lo hago con el fin de que los historiadores de nuevo cuño, en lugar de andar copiando trabajos realizados por otros historiadores, fijen su atención en el reciente pasado de nuestro estado, para rescatar una gran variedad de hechos y sucesidos que existen en nuestro pueblo, con la alegría de la emoción en los hermosos caminos de nuestra evolución social.

DON PANCHITO "EL CUERERO"

La única persona en el discurrir universal que ha ido del brazo de la leyenda milenios antes de nacer, fue el llamado iluminado de Galilea, El Nazareno y El Cristo, cuya aparición en Belén no causó sorpresa alguna, sino un gusto inusitado que llevó hasta el humilde pesebre a millares de peregrinos, entre los cuales se encontraban Los Reyes Magos, procedentes de un oriente misterioso, quienes llevaban en sus alforjas regalos de donde resaltaban El Incienso, La Mirra y El Oro. Las sagradas escrituras del viejo testamento, eran prolíficas en la descripción de los detalles que acompañarían al mil veces llamado El Salvador. Conocida es la accidentada vida del vástago de la providencia y en la cual se encuentran con emoción sus admiradores, su segundo milagro consistente en salvar la vida de la matanza ordenada por el Rey Herodes. Su infancia y

adolescencia llena de sabiduría, entre sobresaltos y persecuciones iban causando la envidia y el encono de quienes aún seguían siendo los adoradores del Becerro de Oro. Dispuesto a cumplir con la prueba espiritual que le fue encomendada, hubo de desaparecer del panorama social de su tierra, para refugiarse en Egipto, en donde según algunos de sus biógrafos lo ubican en el océano de libros de la histórica biblioteca de Alejandría, en donde permaneció hasta los 33 años, cuando hubo de reaparecer en Galilea, para terminar parte de su vida, su pasión y su muerte, a las cuales llegó con gran serenidad, bajando del trágico calvario al alegre tabor entre sus discípulos.

Aquí en México y guardadas todas las proporciones, encontramos en la vida material, un caso con una semejanza casi igual. Un hombre nacido en la abundancia y la adoración de sus progenitores, desde su niñez y adolescencia contactó con la pobreza de millares de gentes que vivían en la esclavitud en todos sus órdenes, opositor a un sistema que tenía sumido al país en el caos, ese joven llamado Francisco I. Madero, y conocido por sus actividades como El Cristo de la Democracia, recorrió el país en una labor de proselitismo, que no ha sido igualada hasta la fecha. Víctima de prisiones y persecuciones, un día resolvió refugiarse en el clandestinaje para cristalizar sus sueños, ya expuestos en el maravilloso Plan de San Luis. Para tal efecto, escogió a un pueblecito de Sinaloa llamado Mocorito, en donde vería pasar una importante parte de su vida, vivió en casa de un fiel

partidario llamado Irineo Lugo Castro, cuya esposa Doña Anastasia de Lugo, era también una ferviente partidaria.

Siendo Don Irineo un capaz comerciante, le ofreció al joven Francisco una participación en sus negocios, los cuales consistían en la compra en las comunidades, de pieles de todas clases, muy pronto las comunidades conocieron al socio de Irineo, al que por su estatura, su carisma y su desinteresado apoyo a los necesitados, le llamaron Don Panchito “El Cuerero”.

El acopio de pieles compradas, eran llevadas por Don Irineo al puerto de Mazatlán, de donde eran embarcadas hasta Alemania, la que seguramente estaba en plena elaboración de planes de conquista, que la llevarían a la primera guerra mundial. Independientemente de su trabajo comercial, Panchito y Don Irineo recorrían las regiones de Badiraguato, Sinaloa de Leyva y El Fuerte, en un plan de discreto proselitismo. Así lograron contactar con Gabriel Leyva Solano y los hermanos Gámez de Sinaloa y una multitud de significados hombres del medio rural, los cuales con el correr de los meses y ya en pleno movimiento armado, entregarían a la causa uno de los mayores contingentes humanos.

El Porfirismo, hondamente preocupado por la desaparición de Don Francisco I. Madero, resolvió buscarlo por toda la república, encontrando tal vez por pequeña indiscreción, a un hombre con las características de Don Francisco viviendo en el estado de Sinaloa, por lo cual le ordenaron a la partida de rurales de

Sinaloa de Leyva, su aprehensión. Advertido Don Francisco y Don Irineo, de los preparativos para el operativo en contra de ellos, resolvieron trasladarse en un carruaje que siempre tenían preparado hacia la Angostura, en donde contactaron con los hermanos Mascareño, quienes a su vez y rápidamente condujeron a Don Francisco hasta la ciudad de Mazatlán, en donde a la manera de Cristo con uno de sus más bellos discursos, hizo su aparición en el campo de la política, donde iniciaba también allí el final de su vida, su pasión y su muerte.

La posterior correspondencia epistolar de Don Francisco con Don Irineo y Doña Anastasia, es sumamente interesante y demuestra el agradecimiento y gran cariño que sintió por los sinaloenses. Tuvimos en nuestras manos algunas de las cartas que enviaba Don Francisco, pero desgraciadamente desaparecieron cuando en El Dorado, en donde residían, fue víctima de una gran inundación.

Los Lugo, siguieron siendo grandes partidarios de Don Francisco I. Madero y participando en la política. Doña Anastasia dio a la vida sinaloense a un gran líder obrero, Conrado Lugo y a un diputado local, Margarito, recayendo en su hija Jesús, el privilegio de fundar lo que ahora se conoce como el ejido de Gabriel Leyva.

Conocí a muchos de los partidarios de Don Francisco, relatores de la leyenda de Don Panchito “El Cuerero”, que se extendió por toda la sierra y que ya somos muy pocos los que la conocemos. Hoy próximo

a cumplirse un aniversario más de su muerte, provocada por la traición y la vileza, elogiamos con emoción al hombre que supo como Cristo, echarse la túnica sangrante del mártir sobre sus espaldas.

EL CERRO DE LAS SIETE GOTAS

El hombre, desde su origen, ha sido un ferviente adorador de las alturas, en la mitología nos encontramos ya la experiencia de Icaro, muerto al derretirse la cera que pegaba sus alas al acercarse el sol, objetivo principal de su altura. El ejemplo del iluso aeronauta, obligó al ser humano a escalar cerros y montañas más fáciles de aprovechar para tener bajo sus plantas el dominio de un mundo empequeñecido pero hermoso. No ha existido hasta la actualidad nación, provincia, ciudad o ranchería que no cuente con un cerro que contenga algo de impresión, que sea motivo de orgullo para quien viva lejos o en sus bellas proximidades. Han constituido por siempre, puntos de referencia para sabios, escritores, historiadores y poetas que han adornado sus relatos o exposiciones con el nombre de uno de ellos.

Yo recuerdo que cuando era estudiante de medicina, el famoso cardiólogo Don Fernando Ocaranza, al hablarnos de las actividades del corazón, nos decía que el trabajo de este órgano durante 80 años, desarrollaba la energía suficiente para elevar un tren de pasajeros a la altura de El Monte Blanco de Francia.

El maestro de geografía a su vez, nos hablaba de la importancia del monte Everest, que con sus 9 kilómetros, desafiaba a los Balcanes y Cárpatos. Acá en la tierra de Anáhuac, la leyenda de los volcanes en versos de José Santos Chocano, llena de orgullo y satisfacción a quien lo lee. Nuestro máximo poeta Alejandro Hernández Tyler, no fue ajeno a esta admiración, pues en uno de sus poemas nos dice: “Vengo de Amecameca, miran mis ojos el brillo alucinante donde perdura la línea de la mujer dormida en la montaña humeante”.

Por Sinaloa nos encontramos en el sur, cuando en el municipio de El Rosario, el agricultor se llena de alegría cuando contempla su famoso Cerro Yauco, coronado por hermosas nubes que le hace exclamar “Hoy tendremos una buena temporada de lluvias, porque se ha vestido de charro El Yauco”. Lo mismo acontece en el valle de Mocorito, cuando el campesinado observa cómo su famoso Cerro El Mochomo, presenta sus faldas circundadas por un nuberío promisorio, el que a su vez también le hace exclamar “A sembrar todos porque habrá agua, ya amaneció con melindre El Mochomo”. Así llegamos a

Culiacán, en donde desde la época de la conquista se fijó la atención en El Cerro de las Siete Gotas, llamado así porque en lo alto del mismo, un venero de aguas cristalinas acumula, en un pequeño depósito el vital líquido, que al derramarse lo hace con siete gotas de bella transparencia, repitiéndose tan interesante fenómeno cada tanto tiempo, lo mismo en épocas de estiaje, como de abundancia de lluvias.

Las interpretaciones de tan raro espectáculo de la naturaleza, han sido variadas y siempre de acuerdo con el estado anímico de quien lo ha observado, algunos piensan que cada gota corresponde a un planeta y por lo tanto, a cada día de la semana; otros hablan de los siete pecados capitales más importantes y no falta quien diga que cada gota corresponde a una de las siete divinas palabras, los religiosos optimistas, dicen que no serán dos mil años la duración del planeta, sino que la de éste abarcará siete milenios. Los mineros y los gambusinos hablan que en el cerro y en sus proximidades, existen siete vetas de abundancia ilimitada de minerales.

Lo cierto es que cada sinaloense que conoce la existencia de El Cerro de las Siete Gotas, llevará a su vida su significado en el más profundo de los recuerdos.

Para nosotros, lo raro estriba en que no haya existido autoridad u organismo interesado en lo que puede ser un centro de atracción turística, siempre y cuando se facilite su acceso al mismo y se construyan instalaciones para recibir a los visitantes.

Por ahora, el famoso Cerro de las Siete Gotas, vivirá inmerso en la leyenda de un pueblo, que como dijera un poeta sinaloense, está más preocupado por contar las semillas, que por contar las estrellas.

EL ROCILLO DE GUAMUCHIL

El caballo ha sido considerado desde siempre, como el animal más amigo del hombre pasando sobre el perro, que no en pocas ocasiones muerde la mano que le da de comer. Desde tiempo inmemorial, el ser humano y el noble animal han formado pareja, que pasando por arriba de la fama han penetrado en los caminos de la historia a los abiertos espacios de la leyenda.

El Bucéfalo de Alejandro Magno, es ejemplo clásico, pues acompañó a su amo por toda el Asia Oriental, hasta el mismo día de sus sangrientos funerales; Babieca y su sueño El Cid Campeador, esparcieron gloria y fama por toda España, haciendo decir en cierta ocasión el gran guerrero: “sólo por necesidad batallo, y una vez puesto en la silla, se van ensanchando Castilla delante de mi caballo”.

En México, la adoración por el caballo ha sido permanente, porque ha sido parte de la vida del mexicano y con alegría hemos visto cómo la revolución cabalgó sobre los lomos del famoso Siete Leguas, constituyendo con Pancho Villa El Centauro Rojo de un pueblo hambriento de libertad.

El sinaloense, pasional y románticamente ha encadenado su vida al noble y fiel animal, el cual le sirve tanto en el campo como en la ciudad, ya sea pegado al filo del más hermoso carruaje en elegantes paseos de vanidosa presunción, como en las grandes carreras parejeras, centro gordiano de la diversión del sinaloense.

En la década de los 20's, cuando el mundo conoció a través de la radio el famoso corrido que hablaba del Rocillo de los Pobres y de El Alazán de los Ricos, surgió también en la zona del Évora, un caballo de gran alzada de color Rocillo, llamado El Rocillo de Guamúchil, dueño y señor de todos los tastes del noroeste. Su propietario, un rico agricultor al borde de la quiebra, decidió colocar lo último que le quedaba en las patas de su caballo consentido. Por aquel entonces, existía en Culiacán un famoso carrerista apellidado Osuna, poseedor de un caballo fino el cual denominaba El Payaso, invicto en Culiacán, Navolato y Mazatlán. Para armarse la carrera con El Rocillo, con bombos y platillos fue trasladado a Guamúchil, realizando varias jornadas para no lastimarlo en las subidas y bajadas del ferrocarril. Parte de Culiacán se vació, para estar presente el día de la carrera, en la cual circulaban en

abundancia las monedas de oro y los dólares de plata, haciendo honor al auge económico de la región.

Como sabiendo El Rocillo lo que se jugaba, aquel día devorando el taste, dejó muy atrás a su contrincante, sembrando en los partidarios de El Payaso, el deseo de venganza.

Para tal fin, acudieron al en aquel entonces jefe de operaciones, General Antonio Ríos, para solicitar en calidad de préstamo uno de los mejores caballos de su cuadra, al cual apodaban El Prieto y con el cual pijolearon, como se decía en términos de aquella época a El Payaso con él, resultando que El Prieto aventajaba con mucho al animal vencido por El Rocillo. Con la seguridad de una victoria cierta, desafiaron de nuevo al dueño de El Rocillo para realizar la carrera en el taste de la Tierra Blanca. La expectación y la confianza en el triunfo, fueron grandes y por ello se adelantaron quintos a los soldados, salarios a trabajadores, semanarios a estudiantes para equilibrar las apuestas, que indudablemente vendrían del norte. El día esperado llegó y como en Guamúchil, la velocidad de El Rocillo superó con mucho a la de El Prieto de El General Ríos, dejando en la orfandad económica a infinidad de amas de casa, que al siguiente día vistieron de soledad absoluta al famoso mercado Garmendia.

Antes de penetrar definitivamente a la leyenda, El Rocillo tuvo triunfos en Navolato y en Mazatlán, dejando con su ligereza sorpresas mil entre los incrédulos.

En su recuerdo, no resisto la tentación de recordar el fragmento de un cuento leído en la adolescencia, sobre un árabe y su caballo, y decía así: la noche caía, el sol acababa de desaparecer en el horizonte y el gran silencio del desierto, no era turbado más que por los sollozos de una joven mujer árabe, que sentada cerca de su tienda parecía angustiada, su pecho se elevaba a intervalos iguales y gruesas lágrimas se escapaban de sus ojos rojizos por tres noches de vela, los niños rodeándola, contemplaban a su madre sin osar cuestionar, cuando de repente la joven mujer se voltea e interroga al horizonte y advierte muda de sorpresa, cómo a galope tendido se va acercando un caballo, llevando en su hocico y prendido del cinturón, el cuerpo de un hombre que al llegar a la tienda lo deposita suavemente, cayendo a su lado muerto de fatiga. Algunas horas más tarde, ya repuesto aquel hombre que no era otro que el marido de la mujer árabe, le cuenta cómo su caballo le ha salvado la vida, después de un ataque de Los Mamelucos en el desierto y que terminaron con sus amigos.

Este ejemplo de un caballo salvando la vida de su amo y el otro salvando de la quiebra a su propietario, nos dan una idea de cómo se establece la simbiosis anímica entre el hombre y el animal, constituyendo uno de los misterios más insondables de la naturaleza.

EL COTON PINTO

La férrea dictadura porfirista, no fue tan monolítica en su desempeño como sus partidarios la hacen parecer, porque en lo que respecta al norte y noroeste de la república, sus pro-cónsules representativos, se manejaban con cierta proclividad al acercamiento afectivo con las clases más desamparadas, sin que esto quiera decir que no se demostrasen dureza cuando alguien pretendía romper el equilibrio político-administrativo del sistema imperante en el país.

En la región del Évora, bajo el influyente dominio de una rica familia apellidada Inzunza, la dictadura revestía características especiales. Los hermanos Manuel y Pedro Inzunza, de los cuales el primero era coronel, habían contribuido al encumbramiento de El General Tepiqueño Francisco Cañedo, logrando así un poderío político que rebasaba los

límites del estado, eran en realidad el poder tras el trono. Sin embargo, otra familia encabezada por el Licenciado Eustaquio Buelna, constituía la oposición a los jerarcas en el poder. Don Eustaquio, hombre inteligente, capacitado en su profesión de abogado y valiente en su faceta militar, era pasional y no desaprovechaba momento para atacar agudamente a la familia Inzunza. Estos, por su parte, educados en el extranjero, buscaban por todos los caminos impulsar a la región por los senderos del progreso. Para realizar sus propósitos era necesario, en primer lugar, la seguridad en toda la zona gobernada por ellos, para tal fin y pasando por la autoridad de la Prefectura, la cual era manejada por ellos, nombraron un Juez de Acordada, el que únicamente se entendería con ellos. Fue así como surgió el personaje que hoy nos ocupa en nuestra leyenda.

Su nombre Andrés Armenta, originario de un pueblo cercano a la Villa de Mocerito, nada nos dice, pero no así su apodo El Cotón Pinto, que con su fama superó todo lo imaginable, provocando asombro hasta en el mismo General Porfirio Díaz. Su apodo obedecía al uso de una prenda muy en boga entre el campesinado, que lo mismo la usaba para el trabajo que para su vida cotidiana, ésta consistía en un retazo de una tela llamada rayadillo, con la forma pero varias veces más grande que un pañal de niño, al cual se le llamaba algodón pinto y el cual se colocaba sobre el calzón, pero sujetándolo a la cintura con una faja de lana que le impedía cualquier movimiento, y que

dejaba al aire de la mitad de los muslos hacia abajo. Nuestro personaje, el Juez de la Acordada, se sujetaba además una carrillera llena de parque y su pistola 44-40, embutida en una funda artísticamente bordada, su estrafalaria figura la paseaba con cierto donaire por toda la extensión del distrito y llegando en varias ocasiones a las mismas oficinas del gobernador del estado, quien le guardaba gran aprecio. El poder de El Cotón no tenía límites y estaba autorizado para nombrar patrullas que colaboraban con él, éstas por lo general salían hacia otros distritos en persecución de delincuentes, los cuales al ser aprehendidos eran llevados hasta los lugares en donde se acuartelaba el tremendo jefe de la seguridad pública, quien decidía y ordenaba la sentencia a que se habían hecho acreedores; para los salteadores de caminos, la ley fuga; para los roba ganados, el ahorcamiento; y para los violadores y asesinos, el paredón. Seguidamente, el Cotón Pinto informaba a sus jefes los Inzunza, sobre el resultado de sus operaciones, las cuales mantenían en un estado de tranquilidad absoluta a todo el distrito. Esto fue uno de los motivos por el que Don Eustaquio Buelna, frecuentemente llamase a Mocerito El Rastro de Sinaloa, bañando de trágico negativismo el desempeño de los hermanos Inzunza. Pero como la verdad histórica se abre paso, se puede asegurar, que los jefes del Evora nunca atentaron contra sus enemigos políticos y de lo cual eran testigos tanto la familia Buelna, como la familia Riveros, enemigos irreconciliables del coronel y su hermano.

Por otra parte y no es que defendamos a los prócsules de la dictadura, pero puede decirse, que la época en que ellos gobernaron, el distrito se significó en todo el estado por el progreso en varias facetas de su economía; la minería floreció, la ganadería nunca tuvo mayor esplendor que la de entonces, convirtiéndose el distrito en el proveedor de queso de toda la república; la agricultura, principalmente en lo que a caña de azúcar se refiere, proliferaron los trapiches y se estableció hasta una fábrica de azúcar, en la famosa hacienda de Tres Hermanos, a la cual llegaba el Río Évora por el primer canal construido en el estado de Sinaloa.

Nosotros no defendemos esa época de la dictadura, sino que nos concretamos a esparcir la verdad y asegurar que nunca, en el transcurso de este siglo, el municipio de Mocorito ha logrado la misma prosperidad de aquella época. La prueba más importante, junto a lo dicho por Don Eustaquio, radica en que la familia Inzunza permaneció en Mocorito después de la revolución de 1910, no siendo nunca perjudicados en sus intereses y escogiendo el destierro en forma voluntaria, debido a lo que sucedió en plena época armada.

Siendo jefe de la plaza el capitán Gabriel Leyva Velásquez y teniendo como subordinado al teniente Manuel Ávila Camacho, atendiendo a una petición de éste, encabezó una comisión para pedir la mano de Teresita Inzunza, hija de Don Pedro, llegando la comisión hasta la casa de dicho señor y con el ritual de

la época, fue solicitada la mano de la hermosa muchacha, la cual al ser requerida por su padre, quien desconocía sus relaciones con el militar, al comprobar que éstas eran ciertas, sólo se limitó a decirle al jefe de la comisión:

-Diga Usted al teniente Manuel Ávila Camacho, que la hija de Don Pedro Inzunza no se casa con guachos-.

Otro día la familia emprendía el viaje hacia los Estados Unidos, para no regresar jamás. Sin embargo, en la época en que Don Manuel Ávila fue Presidente de la República y llamado “El Presidente Caballero”, llamó a colaborar a su gobierno en el sistema diplomático a los hermanos de la que había sido el amor de toda su vida.

En cuanto al desenlace de la vida de El Cotón Pinto, éste se realizó al término de una emboscada, en la cual Andrés Armenta fue muerto a machetazos, por familiares de unos jóvenes asesinados por El Juez de Acordada, como consecuencia de una trágica broma que le formaron sus víctimas cuando acudía a una cita amorosa con su amante.

Cuando la delincuencia se desborda en forma alarmante, los enemigos de ella, añoran tiempos como los de El Cotón Pinto, vivo repartidor de tranquilidad pública.

En los tiempos actuales, si llegase a surgir un tipo como Andrés Armenta, sería bloqueado inmediatamente por La Comisión de los Derechos Humanos, la cual parece tener como encomienda, evitar que los

cometedores de ilícitos sean tocados hasta con el pétalo de una rosa. Bien dicen nuestros rancheros, que hay tiempo de tirar cohetes y tiempo de recoger las varas y por lo que se ve, las varas de la impunidad saturan el medio ambiente.

Miles de Cotonos Pintos se necesitarían, para cubrir con las sábanas de la seguridad a todo un país sin horizonte a la vista, para su completa formación.

LEYENDAS SINALOENSES, de Enrique Peña Gutiérrez, Volumen 3 de la Colección “Soles y Estrellas” del Diplomado en Geografía e Historia de Sinaloa, se terminó de imprimir en Creativos 7, Constitución 144 Pte. Altos, Col. Jorge Almada, Culiacán Rosales, Sinaloa.

INDICE

I.- El anima del callejón	1
II.- La mamaura	5
III.- El amuleto de Bartolo	10
IV.- La leyenda de Chepe Vega	16
V.- La leyenda de Heraclio Bernal	22
VI.- La tambora de Juan Carrasco	29
VII.- Los del monte en la leyenda	34
VIII.- Cipriano Alonso	40
IX.- El Tobalón	45
X.- La reata de don Silvano	50
XI.- El Alichán	54
XII.- El güero del Jalón	59
XIII.- Don Panchito “El cuerero”	63
XIV.- El cerro de las siete gotas	68
XV.- El rocío de Guamúchil	72
XVI.- El algodón pinto	76

Leyendas Sinaloenses
Enrique Peña Gutiérrez

Primera edición.

Derechos reservados por la familia del autor.

Leyendas Sinaloenses, Vol. 3, de la Colección “Soles y Estrellas” del Diplomado en Geografía e Historia de Sinaloa.

Nicolás Vidales Soto

Director de la colección

Creativos 7

Constitución 144 Pte. Altos, Col. Jorge Almada,
Culiacán Rosales, Sinaloa.

Tel/Fax: (01667) 712-58-60

E-mail: creativos7@hotmail.com

Edición realizada por sus amigos en la conmemoración del 87° Aniversario del natalicio del Doctor Enrique Peña Gutiérrez.

Hecho en Sinaloa.

Hecho en México.

Made in México.

INVITACIÓN

Enrique Peña Gutiérrez, médico juramentado sinceramente con Hipócrates; político comprometido con los más auténticos ideales de la Revolución Mexicana; esposo, padre y abuelo, formador de una familia profundamente sinaloense; amigo a carta cabal, sin afrentas ni dobleces, es un escritor mocoritense que participa en el concierto de las letras hispanas con una obra de amplio significado, tomando de la vida regional una temática rica y colorida, que al traducirla en sucesos y personajes, nos entrega un mensaje de aliento, transformador y positivo, llevando a Sinaloa al campo sin fronteras de la comunicación entre los hombres que aspiramos por un mundo mejor.

Enrique Peña Gutiérrez, medico, político, jefe de familia, amigo y escritor, no necesita presentación a su obra, por eso hacemos una atenta invitación al lector para que se deleite con **Leyendas Sinaloenses**, un conjunto de cuentos regionales que el autor cinceló a lo largo de su vida en su **PEQUEÑO MUNDO**.

Mocorito, Sinaloa, 6 de enero de 2002.

Nicolás Vidales Soto.

INVITACIÓN

Enrique Peña Gutiérrez, médico juramentado sinceramente con Hipócrates; político comprometido con los más auténticos ideales de la Revolución Mexicana; esposo, padre y abuelo, formador de una familia profundamente sinaloense; amigo a carta cabal, sin afrentas ni dobleces, es un escritor mocroritense que participa en el concierto de las letras hispanas con una obra de amplio significado, tomando de la vida regional una temática rica y colorida, que al traducirla en sucesos y personajes, nos entrega un mensaje de aliento, transformador y positivo, llevando a Sinaloa al campo sin fronteras de la comunicación entre los hombres que aspiramos por un mundo mejor.

Enrique Peña Gutiérrez, medico, político, jefe de familia, amigo y escritor, no necesita presentación a su obra, por eso hacemos una atenta invitación al lector para que se deleite con **Leyendas Sinaloenses**, un conjunto de cuentos regionales que el autor cinceló a lo largo de su vida en su **PEQUEÑO MUNDO**.

Mocorito, Sinaloa, 6 de enero de 2002.

Nicolás Vidales Soto.